

Napoleon descubre esa idea con singular acritud en la curiosa conferencia de 1813 con Mr. de Metternich.

«Con una sencillez de orgullo singular, dejó ver que lo que sensiblemente le afectaba aquí, eran menos los sacrificios exigidos de él, que la humillacion de recibir la ley despues de haberla dado siempre.» Y añadía: «Tengo necesidad de honor y de gloria, no puedo volver á presentarme achicado en medio de mi pueblo, es preciso que yo quede grande, admirado y glorioso.»

Mr. de Metternich pregunta cuándo se acabará aquel estado de cosas, «si las derrotas como las victorias son igual motivo para continuar aquellas desoladoras guerras.» Y el penetrante y frio diplomático pone al mismo tiempo el dedo en la herida secreta:

—«Esa heroica nacion, cuyo valor admira todo el mundo, necesita tambien reposo. Acabo de atravesar por vuestros regimientos; vuestros soldados son unos niños. Habeis hecho unos alistamientos anticipados y llamado á una generacion apenas formada. Destruida esta generacion por la actual guerra, ¿sacareis un nuevo anticipo? ¿Llamareis á las armas á otra generacion mas jóven todavía?...»

Napoleon se puso pálido de cólera, su semblante se descompuso, y no siendo dueño de sí, tiró ó dejó caer al suelo su sombrero, que Mr. de Metternich no cogió, y yéndose Napoleon derecho á él, le dice:

—«Caballero, no sois militar, ni teneis como yo el alma de un soldado..... No habeis aprendido á despreciar la vida ajena y la vuestra cuando es menester..... ¡Qué me importan á mi doscientos mil hombres!....»

—«Señor, exclamó Mr. de Metternich, abramos las puertas y las ventanas, que os oiga la Europa entera, y la causa que vengo á defender aquí no perderá nada.»

—«Su amo de vds. está loco, dijo Mr. de Metternich al retirarse á los cortesanos de altas graduaciones militares reunidos en la antecámara.»

La Europa no tenia necesidad de asistir á esta curiosa conferencia, porque sabia bien que Napoleon no se detendría en su camino, y que entre ella y él habia un duelo á muerte. La Francia, estenuada y enferma de su propia gloria, deseaba ardientemente una verdadera paz que le hubiese conservado lo que Mr. Thiers cree posible, al parecer, la gran situacion que en el mundo ocupaba.

Pero Napoleon tuvo que seguir su fortuna, necesitaba reconquistar su prestigio, y la Alemania entera va á unirse con la Rusia contra Francia, al paso que Inglaterra y España acabarán de estenuarla.

De esta manera llegamos por las huellas del historiador á aquella admirable y fúnebre lucha, á aquellos aullidos del leon que comienzan en Leipzig y terminan en Waterlón.

En el último tomo, se ve al emperador con su genio acrecentado por la desgracia. Descubrimos allí aun mas ostensibles esas cualidades de imparcialidad, de sobriedad y de irritacion dominada, esa seguridad de intuicion, ese delicado análisis y esa singular claridad de estilo que forman el encanto y el fruto de todos los diez y seis volúmenes. El amor profundo de la patria se advierte á cada renglon, mas esta pasion, que lo anima y esclarece todo, se halla en esta obra mejor conducida, mas elevada y mas moral que en la historia de la Revolucion Francesa.

Otro gran escritor, hombre de Estado de primer orden, Mr. Guizot, decia no hace mucho tiempo al historiador del Imperio: «Cuanto mas adelanta vd. en el curso de su historia, mas soy de su opinion. En el último tomo quedamos completamente de acuerdo.»

SEGUNDA SERIE.—1865.

Mr. Thiers ha recorrido y estudiado los campos de batalla de la guerra de Francia. Ha pasado años enteros en hojearlos archivos del Louvre, en examinar las correspondencias secretas, los documentos diplomáticos, los sitios y los hombres.

Así es como debe escribirse la historia.

A. FOUQUIER.

DE LA NECESIDAD É IMPORTANCIA

de seguir un buen método

REGULAR Y CONSTANTE

EN LOS ESTUDIOS INDISPENSABLES PARA LOS JOVENES QUE ASPIRAN A DISTINGUIRSE POR SU ESMERADA EDUCACION.

Muchos autores preclaros por lo vasto de sus conocimientos y su erudicion muy selecta y peregrina, han ideado planes de educacion apreciables bajo varios conceptos, y han emitido algunas teorías nuevas y muy sensatas acerca del particular, considerando los estudios en todas sus ramificaciones literarias y científicas. Pero ninguno de estos sábios se ha propuesto adoptar un plan basado en la gran idea de que los jóvenes necesitan, para formar su corazon y empaparse en sentimientos virtuosos, seguir un método de estudios, que marque todas las diferencias, que median entre nuestra organizacion social y la de los pueblos paganos de la antigüedad, considerados en sus relaciones religiosas y políticas, que les distinguen de los de la Europa moderna, que ha abrazado el cristianismo, cuyos dogmas tienden muy directamente á perfeccionar nuestra sociedad, y á poner en evidencia que nuestra religion santísima y las doctrinas evangélicas dan mas fuerza al ejercicio de los derechos del hombre y al cumplimiento de sus deberes. Nosotros, pues, vamos á presentar á los lectores un método enteramente nuevo fundado en los principios que acabamos de emitir, esponiendo todo con sencillez y claridad, no solo porque así lo exige la índole de este periódico, sino tambien porque queremos que todos nos comprendan sin esfuerzo ni trabajo.

Los conocimientos humanos pueden clasificarse en literarios y científicos: los primeros están destinados á engalanar las formas exteriores de los productos del ingenio, dándoles las gracias y los encantos propios de la verdadera elocuencia, como la pureza de las frases, la elegancia del estilo, la esposicion fácil de los argumentos, los nombres y epítetos mas adecuados á las ideas que se pretenden espresar, la estricta y escrupulosa observancia de las reglas gramaticales, y todo lo que puede contribuir á dar realce á la imaginacion de un escritor en el desenvolvimiento de sus conceptos. Los segundos, inseparables del rigor lógico, suministran doctrinas y preceptos, mas ó menos ciertos; someten á un exámen critico muy detenido y concienzudo las conjeturas é hipótesis generalmente admitidas, y aplican en el terreno práctico los principios de la ciencia á la religion, la política y la moral.

Pero en esta circunstancia no queremos pasar por alto que todos los conocimientos humanos, clasificados ya en los dos ramos mencionados, se subdividen en otros muchos, que tienen puntos de contacto, mas ó menos inmediatos, entre

AÑO XXIII. 15.

si, y que las formas exteriores, que constituyen la parte literaria, algunos sábios eminentes las han comparado á los trajes lujosos, con que se adornan los personajes mas opulentos que pertenecen á elevadas gerarquias.

En nuestra época nadie ignora, que la juventud, despues de haber aprendido á leer y escribir, debe comenzar el curso de sus estudios por la historia, acompañada de nociones geográficas y cronológicas, y por tener una idea general de las creencias religiosas de la antigüedad pagana, depositadas en los libros de los mitólogos; pues que es cierto que todos los demás ramos científicos y literarios no pueden cumplir con el objeto que se proponen, si ignoramos los hechos de nuestros antepasados, los lugares en que se verificaron, y las creencias religiosas de los antiguos pueblos. Si se habla de Alejandro Magno y de Julio César, de sus victorias y memorables triunfos, ¿podremos formarnos una idea exacta de su genio militar y de su táctica si no conocemos de antemano la topografía de los parajes en que midieron sus armas con las de sus fieros enemigos? ¿Podremos formarnos una idea exacta de las costumbres, los usos, las ceremonias, los ritos y las grandes solemnidades de los antiguos paganos, si ignoramos la historia fabulosa de sus dioses, sus nombres y atributos? ¿No provocaria la risa el que, hablando de Demóstenes y Ciceron, les colocara en una misma época? Es cierto, pues, que los conocimientos históricos y cronológicos, y el estudio de la antigua mitología, no solo sirven de base al hermoso edificio de toda la humana sabiduría, sino tambien á una educacion algo esmerada. Pero en esta circunstancia juzgamos muy del caso poner en tela de juicio la cuestion, que repetidas veces han reproducido en obras de distinto género muchos sábios, á saber, si conviene al bello sexo un estudio profundo y detenido para cultivar su espíritu, dedicándose á materias altamente literarias y científicas. El conde de Maistre, en una carta dirigida á su hija se espresa en esta forma acerca del particular: «Tú me preguntas, querida mia, despues de haber leído mi sermón sobre la ciencia de las mujeres ¿por qué están condenadas á la mediocridad? Me exiges la esplicacion de una cosa que no existe, y que yo no he dicho jamás. Las mujeres no están condenadas por ningun estilo á la mediocridad, y pueden aspirar á lo sublime, pero á lo sublime femenino. Cada ser debe mantenerse en su puesto, y no afectar mas pretensiones de las que le corresponden. Yo tengo aquí un perro que se llama BRIBI y que es el objeto de nuestra diversion, si se le atojara dejarse ensillar y embridar para llevarme al campo, ¿me quedaria tan poco satisfecho de este perro como del caballo inglés de tu hermano, si pensara saltar sobre mis rodillas y beber conmigo el café. El error de algunas mujeres consiste en figurarse que no se pueden distinguir si se dirigen por un camino que no es el de los hombres. Nada de mas falso: están en el mismo caso que el perro y el caballo. Se permite únicamente á los poetas decir:»

LE DONNE SON VENUTE IN ECCELLENZA
DI CIASCUN ARTE OVE HANNO POSTO CURA (1).

«He dado á conocer ya lo que valen estos versos. Si una hermosa dama me hubiese dicho diez años atrás: «¿No cree usted, señor mio, que una dama podria ser un gran general como un hombre?» Le habria contestado en el acto: «Señora, no lo dudo: si usted capitanease un ejército,

el enemigo se hincaría de rodillas ante usted, como yo lo hago: nadie osaria disparar un tiro, y usted entraria en la capital enemiga, acompañada de tambores y violas.» Si me hubiese dicho: «¿Quién me impide ser tan astrónoma como Newton?» La habria contestado muy sencillamente: «Nadie, absolutamente nadie, mi divina hermosura. Coja usted el telescopio, y los astros, que se atribuirán á mucho honor ser mirados por esos lindos ojos, se apresurarian á revelarles todos sus secretos.» Así se habla á las señoras, bien sea en prosa ó en poesia; pero la que lo toma por moneda corriente es muy necia. Veo, querida mia, que vives en un lastimoso engaño, suponiendo que es un mérito vulgar el de dar á luz nuevos seres: los hijos se paren con pena; pero el grande honor no consiste en hacer hijos, sino en hacer hombres. En esto las mujeres descuellan sobre nosotros ¿crees tú que me juzgaria muy obligado á tu madre si hubiese compuesto una novela en vez de darme un hijo en tu hermano? El haberle parido, no quiere decir, que le dió á luz y le colocó en su cuna, sino que hizo á un valiente que cree en Dios y no teme el estampido del cañon. El mérito de la muger consiste en arreglar su casa, en hacer dichoso á su consorte, en infundirle valor, y en educar á sus hijos, esto es, en hacer hombres: he aquí el gran parto no maldecido como el otro. Por lo demás, mi querida niña, no debemos exagerar nada. Creo en general que las mujeres no deben dedicarse á conocimientos que son contrarios á sus deberes; pero estoy muy lejos de suponer que deben quedarse sumidas en una completa ignorancia. No quiero que crean que Pekín está en Francia, ni que Alejandro el Grande pidió la mano á una hija de Luis XIV. Las bellas letras, los grandes moralistas, los grandes oradores etc. bastan para suministrar á las mujeres toda la cultura que necesitan.

«Voltaire ha dicho, como tú me lo aseguras (porque yo lo ignoro, por no haber leído jamás todas sus obras, y treinta años há que no he leído de ellas ni un solo renglón) que las mujeres tienen bastante capacidad para hacer lo que hacen los hombres: habrá sido un obsequio hecho á alguna linda mujer, ó una de las cien mil y mil necedades que dijo en toda su vida. Las mujeres no han hecho ninguna obra maestra en ningun género: no han hecho la ILIADA, ni la ENEIDA, ni la JERUSALEN LIBERTADA, ni el PANTEON, ni la IGLESIA DE SAN PEDRO, ni el LIBRO DE LOS PRINCIPIOS, ni el DISCURSO SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL. No han inventado el álgebra, ni los telescopios, ni los lentes acromáticos, ni las bombas de incendio, ni el telar para hacer medias. Pero hacen algo de mas grande: se forma sobre sus rodillas lo que hay de mas excelente en el mundo: un hombre honrado, una honesta mujer.....En fin una mujer no puede adquirir mas superioridad que la que es propia de su sexo; pero se convierte en jimia si quiere correr parejas con el hombre.

«Adios, mi pequeña jimia, te amo casi tanto como á BRIBI, que ha llegado á adquirir una inmensa fama en San Petersburgo (1).»

Proudhon, siempre exagerado en todas sus ideas y pensamientos, se espresa en estos términos, hablando del bello sexo: «La mujer es naturalmente imbecil, dice Jorge Sand, y sobre este principio establece la figura de Indiana: y en atención á que á la mujer le falta esencialmente el método, se introduce en sus raciocinios el azar, y con mucha fre-

(1) Las mujeres han llegado á ser excelentes en todas las artes que han emprendido cultivar.

(1) CARTAS Y OPUSCULOS INEDITOS de Maistre, publicados por su hijo, etc. t.º 1.º (en francés)

«cuencia en sus mismas virtudes. El espíritu de quimera es-
travía á las mugeres, y ellas lo llevan en todo, en la reli-
gion, en el amor, en la política. Las mujeres no meditan, y
para ellas pensar, es mas bien una feliz casualidad que un
estado permanente: se contentan con entrever las ideas bajo
la forma mas fluctuante y mas indecisa: nada se acusa, nada
se fija en la nube dorada de su fantasía. (Daniel Sterne, *Bos-
quejos morales*). La fuerza creadora falta á las mujeres, y
á pesar de sus éxitos brillantes, no se les puede atribuir
ninguna de las grandes obras, que dan gloria á un siglo y
á una nación. Las mujeres ó llegan de un solo salto, ó nunca
llegan. Por muy admirable que sea su paciencia, cuando
se trata de aliviar los males ajenos, es nula en el dominio
intelectual. El hombre lo contempla todo en el universo, la
mujer no coge mas que los detalles (1).»

J. J. Rousseau, en una de sus cartas á D' Alembert, prodi-
gando muchos y repetidos elogios á las CARTAS PORTUGUE-
SAS, que se suponen obra de una religiosa, que á consecuen-
cia de sus amorosos infortunios se vió obligada á encerrarse
en el claustro, llega hasta el extremo de negar á las mujeres
el arte de describir y espresar el sentimiento de un amor
profundo. «Las mujeres, dice este autor, no saben sen-
tir el amor ni describirlo: ateniéndome á lo que yo conozco,
merecen ser exceptuadas la sola «Safo y otra. Yo apostaría
con todo en el mundo, quedando firme en que las Cartas
portuguesas fueron escritas por un hombre (2).»

En lo que dice Proudhon se descubre al través del prisma
de una grande exageracion mucho fondo de verdad; lo que
dice Rousseau raya en lo absurdo, porque la esperiencia nos
enseña que nadie siente y espresa el amor con la misma ener-
gía que las mujeres; lo que dice de Maistre, es real y posi-
tivo, considerado en su mas ancha esfera. Pero el poder de
la naturaleza no tiene límites ni medida en sus inmensos al-
cances, y aun cuando quieramos admitir que no ha habido
hasta hoy en ninguna época, ni nación ó pueblo, mujeres
de ingenio privilegiado y superior en todo á los hombres,
no cabe duda en que lo que no ha sucedido en tantos siglos
podrá tal vez realizarse. Nosotros, pues, sin separarnos
terminantemente de la opinion de De Maistre, no vaci-
lamos en afirmar, que si hay padres, á quienes la suerte
ha concedido en don una hija, que dé testimonios de
poseer dotes intelectuales superiores á los de su sexo,
deben proporcionarla todos los medios y recursos, que exi-
ge su completo desarrollo (3).

Volviendo, despues de esta digresion, á nuestro principal
argumento, creemos poder afirmar, en atencion á los ade-
lantos de la época en que vivimos y al espíritu enciclopédico,
tan propio de nuestro siglo, que una educacion literaria, pu-
ramente elemental, la necesitan hoy, sin distincion ninguna,
los jóvenes de ambos sexos. Las mujeres no han venido
ciertamente al mundo para profundizar las obras de Keppler,
ni las de Copérnico y Galileo, ni la mecánica celeste de La-
place; no han venido al mundo para ser químicos como La-
voisier, Fourcroy ó Berzelius; no han venido al mundo para

ser naturalistas como Lamarck y Cuvier; no han venido al
mundo para estudiar el cálculo integral y diferencial, ni pa-
ra explicarnos el ángulo de la parálaje. Estos estudios son
propios de los hombres que se dedican á elucubraciones
severas; pero una mujer, que ha abierto los ojos á la luz del
dia en el seno de una familia respetable, bien sea de la
aristocracia ó de la clase media ¿podrá ignorar sin que se
culpe á sus padres de haber descuidado su buena educacion,
podrá ignorar, digo, lo que es línea, ángulo, círculo, ci-
lindro, etc.? Una mujer no necesita profundizar las matemá-
ticas, ni las ciencias físicas, ni la astronomía para no con-
fundir las estrellas fijas con los cometas, para saber cuanto
dista la tierra del sol y de la luna, y que gira sobre su eje
en el breve espacio de veinte y cuatro horas, y en derredor
del gran planeta, que alumbrá el firmamento, en el término
de un año. Una mujer no necesita estudiar detenidamente la
química ni las ciencias naturales para saber, que hay cuer-
pos orgánicos y otros inorgánicos; que la naturaleza está di-
vidida en tres reinos, mineral, vegetal y animal, y que la
química tiene por objeto descomponer, analizar, purificar y
recomponer los cuerpos mistos á fin de descubrir la accion
reciproca que ejercen unos sobre otros.

No todos los hombres pueden ser sábios, ni todas las mu-
jeres instruidas; pero hay cierta ignorancia que convierte
en blanco de la mofa y del escarnio, cuando se nota en per-
sonas que no pertenecen á la hez del pueblo, el cual casi ve-
geta y no vive. Yo he presenciado varios espectáculos por
el estilo en diferentes países; pero, á fin de que nadie me
culpe de parcialidad humorística, contra este ó el otro
país, me limitaré á referir únicamente dos hechos de
crasa ignorancia y al propio tiempo muy chistosos, que
presencí en Palermo, mi patria, hace ya muchos años.

Hallándome una noche en una tertulia aristocrática muy
concurrida, entró un duque siciliano, que habia permaneci-
do largo tiempo en París: este buen señor repitió de memo-
ria todos los nombres, apellidos y títulos de los aristócratas
parisienses mas distinguidos: hablaba con entusiasmo de los
espléndidos banquetes, de los saraos, de los bailes sun-
tuosos con que brindaban á sus amigos: hablaba de los
teatros, de los cafés y de los coches de París. Despues de
haber empalagado á todos con sus necios discursos, se es-
presó, por último en esta forma: «El que no ha visto París,
no ha visto nada: todo es grande en aquella capital, todo es
nuevo, y son tambien nuevos los animales. Cuando fui á la
casa de fieras vi culebras, tigres y panteras, y una especie
de caballo, de cuyo nombre no me acuerdo. Tenía el cuello
muy largo, la cabeza pequeña y dos enormes jorobas: me
dijeron—yo no lo creo—que puede estar cuarenta dias sin
comer ni beber, y que atraviesa los desiertos mas arenosos,
llevando una gran carga con uno ó dos hombres á cuestas.»
Esta descripcion del camello, creído por nuestro señor duque
un animal nuevo, y una especie de caballo, cuyo verdadero
nombre habia olvidado, casi nos obligaba á estallar en una
gran carcajada, pero habíamos conseguido á duras penas
refrenarla, cuando uno de los concurrentes, que tenia un
aspecto muy serio y adusto, y que manejaba la sátira con ar-
tificio y disimulo, dijo al duque, afectando mucha formali-
dad: «No he visto nunca ese animal prodigioso, pero he leído
algo acerca de él, y sé que se llama *escarabajo del im-
perio otomano*.» Entonces nadie pudo refrenar la risa, todos
los concurrentes colmaron de aplausos al último orador, y
el misérrimo duque, dándose por desentendido, se puso muy
colorado y varió de tema.

El hecho, que vamos á consignar es mas chistoso aun, y

(1) Proudhon. De la justicia en la revolucion y la Iglesia, t.^o
3.^o pág. 350.—París, 1858 (en francés).

(2) CARTAS PORTUGUESES, nueva edicion, conforme á la 1.^a
(París, el. Barbin, 1669: con una noticia bibliográfica sobre estas
cartas.—París: DUREAU DE LA BIBLIOTHEQUE CHOISIE—27, Rue des
Bons-Enfants, 1835, pág. 32. (en francés.)

(3) Véase el discurso en defensa del talento de las mujeres,
y de su aptitud para el gobierno y otros cargos en que se em-
plean los hombres, por doña JOSEFA AMAR Y BORBON.—En Ma-
drid, 1786, en 8.^o

tal vez único. En un café de Palermo conversaban amistosamente cuatro individuos de la clase media, y uno de ellos, hablando de una gran nevada, que había dañado el campo, dijo: «Este año tendremos mala cosecha de aceitunas.»—Otro contestó: «Nada me importa, no las cómo.» Los tres le echaron una mirada significativa, y le dijeron: «Si usted no come aceitunas, no dejará de sentir la carestía del aceite.»—¿Qué tiene que ver una cosa con otra? ¿se estrae el aceite de las aceitunas?—Lo ignora usted?—No sé nada de todo eso ¿soy acaso boticario?»

Lo que llevamos espuesto es el mas claro testimonio de que necesitan cierta instruccion las personas que pertenecen á gerarquias muy distintas de la clase mas íntima del pueblo. Pero en una sociedad, regularmente organizada, los gobernantes deben cuidar tambien de la instruccion elemental de los pobres y desvalidos, estableciendo escuelas gratuitas, y obligando á los cabezas de familia á que manden á esos colegios de beneficencia sus niños para que aprendan á leer, escribir y la aritmética. La ignorancia, dice Franklin, es prima hermana del delito, y la esperiencia nos enseña que las mayores atrocidades y los crímenes mas horrendos se perpetran casi siempre por hombres vulgares, y sin instruccion ninguna: las estadísticas penales de todos los tiempos y de todas las naciones confirman esta verdad. Bayle sostiene que puede existir un pueblo de ateos ilustrados: su aserto es un absurdo impío. Pero no cabe duda en que la instruccion franquea las puertas al conocimiento de nuestros deberes, y si queremos suponer que es realizable lo que dice Bayle ¿no será mas cierto aun, que una instruccion basada en los principios y la santidad del catolicismo, es el fármaco mas saludable contra la corrupcion y los vicios? En las escuelas gratuitas, establecidas por un gobierno previsor, los alumnos aprenderán ante todo los preceptos del Decálogo, y los maestros, escogidos entre las personas que se distinguen mas por su conducta irreprochable, no dejarán de inspirar sentimientos benévolos y de acendrada virtud en el corazon de los jóvenes estudiosos. Es de suponer tambien que los obreros y menestrales, que se aficionan á la lectura desde la infancia, pasarán muchos dias festivos en el seno de su familia leyendo algun libro de máximas morales ó de pura diversion, en vez de abandonarse á asquerosas orgías en bodegones y tabernas. No debemos finalmente perder de vista, que así como los hombres, puestos en campo raso, son todos iguales sin diferencia de castas ni gerarquias, han sido todos dotados por la naturaleza de las mismas facultades intelectuales, y que muchos nacidos en miserable cuna ó en un establo, como el Redentor del mundo, no necesitan mas que ser iniciados en el camino que conduce al templo de Minerva para adquirir con prodigiosa rapidez una fama imperecedera, y eclipsar el esplendor de otros muchos, criados bajo dorado techo. Para esos seres privilegiados cada letra que aprenden en su cartilla, se convierte en una chispa eléctrica, que dá cada vez mas fuerza y brillo á los destellos de su elevada inteligencia. Nos dan un claro testimonio de ello Rollin, hijo de un cuchillero, desprovisto de toda especie de recursos; d' Alembert, abandonado de una madre desnaturalizada, y recogido por una pobre latonera. Nacidos entrambos en el seno del infortunio, pero dotados de talento superior, llegaron á ocupar un puesto preferente entre los sábios sus contemporáneos, y han transmitido con gloria su nombre á los venideros. Dejando de apuntar, por amor á la brevedad, otros ejemplos por el mismo estilo, depositados en la historia de todos los siglos, nos limitaremos á referir en esta circunstancia un hecho, digno de pasar á la

mas remota posteridad, no solo porque confirma lo que va consignado, sino tambien porque hermana la utilidad é importancia de la educacion literaria con el amor filial. En una coleccion anónima de anécdotas, que hemos leído, hace ya muchos años, está escrito que un presidente de uno de los antiguos parlamentos de Francia, tenia en su despacho el retrato de un hombre en mangas de camisa, con un gorro blanco á la cabeza y una rodilla atada á la cintura. Uno de sus amigos le dijo un dia, que quitara aquel retrato del despacho, porque no era de su conveniencia esponer á la vista de todo el mundo el retrato de un cocinero. El presidente contestó: «Esa pintura, al parecer tan ordinaria, es la alhaja mas preciosa que yo poseo; ese pobre cocinero fué mi padre. Se privó durante su vida de todas las cosas mas necesarias á su bienestar, primero para facilitarme los medios de adelantar en mis estudios, y mas tarde para darme una carrera á costa de muchos y repetidos sacrificios. Tengo su retrato en mi despacho para que sepan todos quien fué mi padre, y que hay cocineros que valen mas que duques y príncipes.»

No ignoramos que es muy reducido el número de los grandes ingenios, que aficionándose á la lectura tan solo con frecuentar las escuelas de primera enseñanza, acaban por dedicarse, con el trascurso de los años, á estudios severos, y por convertirse en ilustres sábios. Sabemos tambien, apoyados en la esperiencia de todos los tiempos, que un estado modesto, que no es, como dice Silvio Pellico en *Mrs Parisiennes*, ni riqueza ni lastimosa miseria, aprovecha á los jóvenes estudiosos, porque la primera, que brinda al hombre con una multitud de diversiones y placeres, le inclina á abandonarse á todos los regalos de la vida, que fomentan el ocio y enervan el espíritu; y la segunda, que le abruma de aflicciones y pesares, le impide proporcionarse los recursos que necesita para instruirse. Pero de todo esto, que es muy cierto, se deduce primero, que las escuelas gratuitas son muy necesarias para la clase proletaria y toda la gente pobre, segundo, que las mejoras sociales y el porvenir de las naciones de Europa dependen principalmente del bienestar de la clase media; tercero, que la alta aristocracia no puede adquirir hoy importancia ni popularidad, si intenta restablecer su antigua gerarquía, prefiriendo sus árboles genealógicos ya carcomidos y sus vanos títulos á la instruccion y cultura intelectual, que exige el siglo en que vivimos. Emitidas estas ideas generales, volvamos ahora á nuestro método de estudios.

La historia la clasificaremos en tres épocas: fabulosa, incierta y fundada en documentos fidedignos. En todo lo que se refiere á la primera y á la segunda, naturalmente inseparables, porque la época incierta la vemos á cada paso atestada de fábulas y tradiciones absurdas, debe ser particular cuidado de los maestros dar á sus alumnos las esplicaciones mas sencillas y probables de las alegorías que encierra la narracion de algunos hechos, como por ejemplo la expedicion de los Argonautas á Colcos. Separándose en esta circunstancia de las vulgaridades, que están depositadas, acerca de este hecho tan famoso, en los manuales de historia y mitología, podrán darle un colorido de mas verosimilitud, espresándose en los términos siguientes: «Todas las grandes empresas y los acontecimientos mas memorables se atribuian en los tiempos heróico-fabulosos á causas muy extraordinarias: á los hombres, que las intentaban, se les revestia de un carácter casi divino, y finalmente los obstáculos naturales, los riesgos de una larga navegacion, y el carácter y aspecto de pueblos desconocidos se convertian en

otros tantos prodigios, en aventuras fantásticas, y en monstruos terribles. He aquí cómo los tesoros de Etes, rey de Colcos, se convirtieron en un vellocino de oro; los que les tenían en custodia, en un horrendo dragon; las hachas encendidas, que sirvieron tal vez á los Argonautas para penetrar en el subterráneo, en donde estaban depositadas las riquezas de aquel monarca, en toros feroces, que vomitaban llamas; y los amores de Medea con Jason, fruto de un capricho muy ordinario en una mujer, que se ve obsequiada por un héroe extranjero, que va en busca de aventuras á países lejanos, se supusieron obra de Juno y Minerva, protectora de Jason. Un buque de grandes dimensiones, cual no se había visto hasta entonces, llamó sobremana la atención de los que presenciaron aquella empresa tan atrevida, y se creyó que tenía algo de sobrenatural, por lo que se dijo que había puesto mano á la obra la misma Minerva en las faldas del monte Pelion; y por último los Argonautas, á fin de perpetuar la memoria de una expedición tan extraordinaria, establecieron los juegos olímpicos á su regreso de la Cólquide, y dieron el nombre de Anco á una constelación, afirmando que su buque había sido llevado al cielo por los dioses. En la época histórico-fabulosa ocupan también un lugar preferente los poemas de Homero; y los maestros, lejos de contentarse con referir lo que nos ha dejado escrito este vate, deben dar á los jóvenes una idea de lo que fué el antiguo politeísmo, que igualó hasta cierto punto los dioses á los hombres, atribuyéndoles todas las pasiones ruines, que abrigamos en nuestro corazón, como la ira, la venganza, la ambición, la envidia, etc. etc. y dándoles también formas corpóreas, que les sujetaban á todas las vicisitudes humanas, y les esponían á graves riesgos. Después de estas breves explicaciones deben los maestros poner en conocimiento de sus alumnos, que el antiguo politeísmo tendía á destruir los principios de la moral y á aniquilar la idea de la justicia, atribuyendo á los dioses los vicios mas horrendos y toda especie de crímenes; deben, por último poner en paralelo las creencias paganas, y las que sirven de base al noble y suntuoso edificio de la Ley de gracia, que nos ha dado la idea sublime de una Divinidad única y tipo de todas las perfecciones; de una divinidad, que nos prescribe como precepto amar á nuestros semejantes como á nosotros mismos; de una Divinidad, que establece como principio el amor fraternal mas puro y desinteresado entre los hombres.

La época mas notable de la historia es indudablemente la que se funda en documentos fidedignos, porque entonces se despliega á nuestra vista con gala y magnificencia el gran cuadro de todas las generaciones pasadas, cada una con su fisonomía y carácter propio. ¡Qué abundante cosecha de observaciones críticas se ofrecerá en esta circunstancia á los maestros versados en la materia, y á los discípulos inteligentes! En la parte de la historia antigua, que comprende á todos los pueblos paganos, y con especialidad á los griegos y latinos, que llegaron á ser muy civilizados, merecen fijar con particularidad la atención las diferencias, que median entre esos pueblos y los que han florecido después del establecimiento del cristianismo, á fin de que conozcan los jóvenes que debemos á la Ley de gracia la bien entendida igualdad, el libre ejercicio de todos nuestros derechos, y la grande idea de la completa abolición de la esclavitud, que después de haber desaparecido de la culta Europa, agoniza en el otro hemisferio. Los maestros harán también una reseña á sus alumnos de las supersticiones bárbaras, y repetidas veces sangrientas, de los ritos y las ceremonias estravagantes de la idolatría, comparándoles con los ritos y las ce-

remonias del cristianismo, que inspiran respeto y santidad. Entonces se presentarán en toda su desnudez los desvarios de los antiguos filósofos que fundaron sus doctrinas en el error. Hundida la idolatría, se verá triunfar la religión del Crucificado, que medra milagrosamente y resiste á los embates de la impiedad con las armas únicamente de la paciencia y del heroísmo, acompañadas de un tinte misterioso y divino. Tan luego como entren los maestros en la explicación de los hechos históricos de la edad media, sus reflexiones críticas podrán adquirir un carácter mas importante y especial aun, porque en medio de las tinieblas, que cubren con el tupido velo de la ignorancia la Europa, se entreve la fermentación de los espíritus, que anhelan salir de caos en que están sumidos. En cuanto á la historia moderna, y aun mas á la contemporánea, los maestros se contentarán con indicar á sus alumnos los hechos principales, acompañándoles de pocas reflexiones críticas, porque los acontecimientos recientes, y con especialidad los que hemos presenciado, los vemos siempre y los contemplamos al través del prisma de nuestras pasiones.

La cronología, que lija las épocas, como queda consignado arriba, y nos sirve de guía en el decurso de los siglos, para no equivocar las fechas, puede influir también muy directamente en consolidar algunas augustas verdades de nuestra religión, y en dar á los jóvenes una idea mas magnífica y majestuosa de la Divinidad, como vamos á probarlo.

Algunos filósofos, llevados en alas de su mucha impiedad, han intentado derribar con erudición incrédula y las armas emponzoñadas de sútiles sofismas el cristianismo, diciendo que la cronología de las Sagradas Escrituras se encuentra con frecuencia en abierta contradicción con la de los pueblos mas civilizados de la antigüedad, como los chinos, los asirios, los indios, los egipcios y los griegos. Pero varones muy hábiles, después de haber profundizado la cronología, han puesto de manifiesto, refutando á esos filósofos impíos, y cortando de raíz todas las dudas y sus sofismas, que la cronología verdadera y mas sólida es la de las Sagradas Escrituras (1). Los que se dedican, pues, á la enseñanza, y que toman á su cargo explicar á los alumnos los elementos de la historia, no deben pasar por alto esta particularidad.

La geografía se divide en astronómica, física y política. Esta última no se puede separar bajo ningún concepto de la historia, porque nos indica los lugares que han servido de teatro á los grandes acontecimientos, y nos da una idea exacta de la topografía y división de los reinos, de las provincias, de sus límites, de las creencias religiosas y costumbres de sus habitantes, de su índole y carácter y de sus gobiernos respectivos. El que desconoce esta parte de la geografía, puede ser comparado á un hombre que ignora todos los aposentos de que se compone su casa. La geografía física nos describe las montañas, los ríos, los mares, la variedad de los climas y de las producciones terrestres, el inmenso número de los seres animados que habitan nuestro globo, y nos suministra hilos mas preciosos que el de Ariadna para penetrar en la oscuridad de los tiempos é indagar, fundados en conjeturas mas ó menos probables, las causas que han producido grandes cataclismos. La geografía astronómica se enlaza con la cronología, porque los fenómenos celestes, el curso de los planetas, la sucesiva variedad de las estaciones fijan y determinan con exactitud muchas épocas de la historia y disipan una multitud

(1) V. el primer discurso del t.º 1.º de nuestra HISTORIA UNIVERSAL. Madrid, 1853.

de errores. Cuando los enemigos de Alcibiades le acusaron, diciendo que había mutilado en Atenas las estatuas de Mercurio, se descubrió la calumnia de los que le culpaban de tamaño sacrilegio, porque afirmaron haberle visto y conocido con la claridad de la luna, no parando mientes en que no podía haber habido luna en aquella noche. Cuando murió el Redentor del mundo toda la tierra se cubrió de tinieblas en pleno día, y no cabe duda en que aquel fenómeno fué milagroso, porque está probado hasta la evidencia por los cálculos astronómicos, que entonces no podía verificarse un eclipse total del sol. Pero volviendo ahora mas de cerca á la geografía, ¿no es cierto que este estudio bien manejado y desenvuelto allana el camino que conduce al de todas las ciencias naturales, como la *antropología*, palabra griega, que significa *discurso sobre la humana estirpe*; la *zoología*, que significa *discurso sobre los animales*; la *geología*, que significa *discurso sobre la formación del globo*; la *hidrografía*, que abraza la descripción de los mares, de los ríos, de las fuentes, etc., etc.? Ilustres autores nos han dejado escrito con sobrada razón, que la geografía y la cronología son los ojos de la historia; y en esta coyuntura nos parece muy del caso advertir que el jesuita Daniel Bartoli, varón eminente por lo vasto de sus conocimientos, escribió un tratado de geografía aplicada á la moral. Este libro de poco volumen, pero atestado de ideas científicas y religiosas, merece particular recomendación, y su lectura la juzgamos muy útil para los jóvenes de ambos sexos.

Escritores de mucha fama creen que en un buen plan de estudios, el de la historia patria, debe preceder al de todas las demás historias, que colectivamente consideradas, desplazan á la vista, como en un gran panorama, el cuadro en que figuran todas las naciones: nosotros opinamos de distinto modo. Un país, por muy reducido que sea, ocupa un puesto, mas ó menos distinguido, en los anales del orbe por sus relaciones políticas ó comerciales con otros países, y muy á menudo en términos tan inmediatos, que hay puntos en que sus historias respectivas se unifican. ¿Podrán los griegos formarse una idea exacta de su antigua historia, de las luchas y guerras encarnizadas de sus antepasados contra los persas, de los viajes de sus antiguos filósofos á Egipto, de las fuerzas de la Macedonia, de la política astuta de su rey Filipo, que aspira á apoderarse de Grecia, de las empresas y expediciones hasta la India de Alejandro Magno, si no han adquirido de antemano conocimientos y noticias acerca de esos países y de sus personajes mas ilustres? ¿Podrá estudiarse la historia de la antigua Roma, de sus guerras contra Cartago, de sus conquistas en las Galias, de sus primeras expediciones de César á la antigua Bretaña, hoy Inglaterra, de las hordas bárbaras que habitaban á orillas del Danubio, y de los fieros germanos, si no se han adquirido de antemano conocimientos y noticias acerca de esos países y pueblos tan distintos entre sí por índole, costumbres, religion etc., etc.? En la historia moderna son mas íntimas é inmediatas las relaciones políticas y comerciales, que hermanan y hasta cierto punto acomunan los intereses de todas las naciones, y con especialidad de las que pertenecen á nuestra Europa. De lo que acabamos de apuntar se deduce que el estudio de la historia patria debe considerarse como una fracción de los grandes anales del orbe y una parte del gran todo. Asi es, pues, que el que intente tratarla y conocerla aisladamente, se verá con frecuencia en el triste caso de ignorar las verdaderas causas que han dado origen á graves sucesos, y á cambios y reformas radicales en las constituciones políticas.

Después de haber puesto de manifiesto que en un buen plan de estudios deben aprender ante todo los alumnos los elementos de la historia, y al propio tiempo los de la geografía y cronología, vamos á atacar de frente el sistema, tan necio como antilógico, que establece como base y punto de partida en todas las carreras un estudio interminable del latín. A ese idioma y aun mas al griego, los pedantes les han dado un aire de misterio, y les han revestido de colores tan fantásticos y oscuros, que ambos idiomas se han convertido hoy en una especie de ciencia simbólica y enigmática, que se diferencia poco del gran secreto de la piedra filosofal. Los alumnos estudian primero, segundo y tercer año de latín, y otros tres ó cuatro de griego, y finalmente acaban por no saber ni griego ni latín. En un buen plan de estudios, salido del despacho de hombres justamente autorizados, y que no suelen trocar por lastimosa ignorancia ni ordinaria costumbre las palabras *instrucción pública* por las de *pública destrucción*, en un buen plan de estudios, digo, la asignatura de las cátedras de griego y latín, confiadas siempre á doctos profesores, lejos de formar parte de la primera enseñanza, debe agregarse á la de las cátedras especiales de jurisprudencia, teología, medicina y literatura, á fin de que los jóvenes adultos que quieren dedicarse á estudios severos ó á una de las tres carreras mencionadas, puedan leer y consultar los clásicos antiguos y la multitud de otros autores, que han escrito en latín sobre esas distintas materias. Es de advertir además, que el método generalmente adoptado para la enseñanza del griego y del latín, es el mas inoportuno y hasta necio. Comiénzase por hacer repetir de memoria á los niños las declinaciones de los nombres y las conjugaciones de los verbos; se les habla abstractamente de supinos, participios, verbos activos, anómalos, deponentes, neutros, de voces activas y pasivas, de concordancias y otras cosas por el estilo, que no constituyen ni la índole, ni el genio, ni la sintaxis de una lengua, y que no son mas que su armazon sin elige ni figura. Con efecto, pasando de esos rudimentos gramaticales al estudio y traducción de los clásicos, no saben verter á su lengua propia ni un solo periodo, ó esplican las palabras del testo sin penetrar en el espíritu ni en la fuerza de las frases del original:

¡Oh, cuervo! que das graznidos
En latín y en castellano,
¡Imaginas que con ellos
Puedes jamás recrearnos?
No tu garganta atormente
Nuestro oído con tal canto.

Si se adoptara un método práctico, hermanándole con un análisis gramatical comparativo entre el idioma propio y el que se pretende estudiar y aprender, se desvanecerian en su mayor parte las dificultades mas espinosas con que suelen tropezar los alumnos: un ejemplo aclarará nuestra idea. En el segundo libro de la Eneida, dice Virgilio, hablando de los que escuchaban todos los pormenores de la guerra de Troya referidos por Eneas: *Conticuerunt omnes, intentique ora tenebant*. Su traducción literal es esta: *Callaron todos, atentas y las caras tenían*. Pero esta version del latín al castellano no tiene sentido, y para que se entienda el verso de Virgilio, es menester traducirlo del modo siguiente: *Callaron todos y se pusieron á escuchar atentamente*. Un buen preceptor, ateniéndose á nuestro método práctico, leerá á sus alumnos el verso de Virgilio, lo verterá literalmente al castellano, luego dará su traducción,

arreglada al genio y la índole de este idioma, y por último lo analizará en esta forma: *Contiguerunt omnes-calaron todos*. El primero es el verbo, que espresa la acción; el segundo el nombre ó sujeto, que la hace. *Intentique ora tenebant-atenas y las caras tenían*, en vez de *y se pusieron á escuchar atentamente*. *Intenti-atenos* es un adjetivo, y concuerda con *omnes-todos*. El *que* es la conjunción latina *et*, en castellano *y*, convertida en *que* por los latinos, cuando la unian con algun nombre ó verbo *et intenti-intentique*. Pero en casos semejantes la *et* seguía al verbo ó nombre, y en vez de *et intenti*, se decía *intentique*, esto es, *atenos y*, en vez de *y atenos*; y finalmente el maestro dirá á sus alumnos, que toda la frase *intentique ora tenebant* es mas enérgica que las palabras *y se pusieron á escuchar atentamente*, porque no solo espresa la mucha atención de los que escuchaban á Eneas, sino también la actitud ordinaria y muy natural del rostro y de nuestras miradas, cuando quedamos casi suspensos, atendiendo á la narración de algun gran acontecimiento.

En su análisis el maestro someterá á un exámen detenido y minucioso, sin separarse nunca del terreno práctico, todas las partes de la oración, é indicará á los alumnos las diferencias que median entre las del propio idioma y las del que quieren aprender. Este método teórico-práctico, gramatical, y filológico á un tiempo, facilita sobremanera el estudio de los idiomas, bien sean antiguos ó modernos (1). Pero los pedantes y algunos sábios dirán que nuestro método es superior á la comprensión de los que frecuentan, apenas salidos de la infancia, las escuelas de primera ó segunda enseñanza. Nosotros convenimos en ello, y fundados en esta gran verdad, hemos dado á conocer á los lectores, que es muy vicioso el sistema, generalmente adoptado, de enseñar latin y griego á los niños que ignoran todavía las elegancias y hasta las reglas gramaticales de su propio idioma. ¿No ofrece un espectáculo lamentable, ó cuando menos ridiculo, un plan de estudios en que se prescribe la enseñanza del latin ó del griego ó de ambos idiomas, acomodándoles con los rudimentos de las primeras letras?

Cada lengua tiene su gramática particular, pero hay una generalísima, fundada en la manifestación de nuestras ideas por medio de los sonidos articulados, y esta gramática, que no tiene mas punto de partida que nuestra inteligencia, es esencialmente invariable, porque los hombres, dotados todos de las mismas facultades intelectuales, aunque no piensan ni juzgan siempre de un mismo modo, no pueden comunicarse sus pensamientos por medios distintos de los que caben en la humana inteligencia. En todos sus discursos, pues, figuran necesariamente el sujeto, que hace la acción; el verbo, que la espresa; la cosa ó la persona sobre quien recae; las conjunciones, que unen los periodos ó las frases; las preposiciones, que determinan ó formulan las palabras; las particulas espletivas, que llenan y redondean las frases mismas.

Las partes integrantes de la gramática general son el sujeto y el verbo; pero en atención á que los demás elementos gramaticales, que acabamos de apuntar, dan mas latitud á nuestros pensamientos y completan nuestros raciocinios, podemos considerarlos también como partes de la gramática general.

De todo lo que llevamos espuesto se deduce: primero,

(1) En nuestra gramática italiana y castellana hemos adoptado en la esposición de las reglas gramaticales de los dos idiomas, un sistema rigurosamente teórico-práctico.

que la gramática á que aludimos, sirve de base y fundamento á todas las gramáticas particulares; segundo, que estas últimas no son mas que modificaciones de aquella, y que se diferencian únicamente por sus respectivas y distintas maneras de colocar las partes de la oración, esto es, por las fórmulas exteriores con que manifiestan el pensamiento; pero dejando siempre íntegros los elementos de que se compone la gramática general, porque estos, que no se refieren á la exterioridad de las fórmulas, sino á la esencia del pensamiento, son invariables; tercero, que en las escuelas de primera y segunda enseñanza los maestros deben explicar ante todo los principios de la gramática general, aplicándoles al estudio del idioma patrio; cuarto, que es tan lamentable como antilógico todo plan de estudios que prescribe enseñar latin y griego á los que ignoran todavía las reglas gramaticales de su propio idioma.

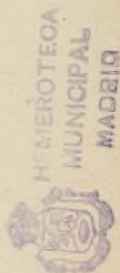
(Se concluirá).

SALVADOR COSTANZO.

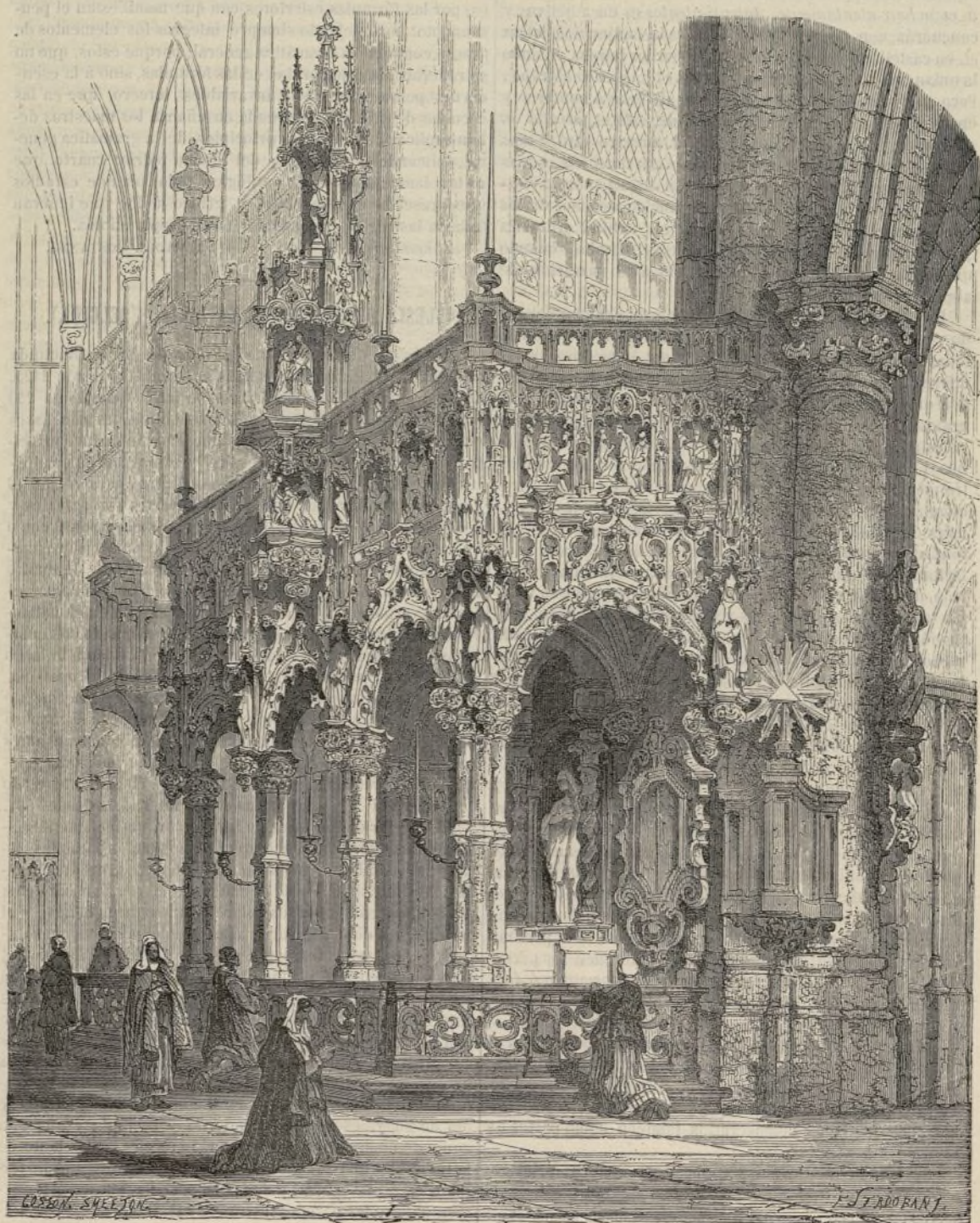
IGLESIA DE SAN GOMAR EN LIEJA. (BELGICA).

Esta iglesia fué comenzada en el siglo XV y concluida en el XVI. Los cimientos se hallaban sentados desde 1425. Está construida en forma de cruz latina y tiene como 250 pies de largo. Dos filas de columnas cilíndricas con bases octogonas y con capiteles adornados separan la nave principal y el coro de sus naves laterales, y se repiten en semicolumnas contra las paredes de estas últimas para recibir el declive de las bóvedas, que en todas partes son ogivales y con nervaduras cruzadas. El *triforium* se compone, como en casi todas las iglesias del siglo XV, de cruceros prismáticos trilobulados que rematan una balaustrada de cuatro hojas encastradas. Las ventanas son de cruceros relucientes que varían en cada ventana. No hay capilla en el colateral izquierdo de la nave, cuya base está adornada con cuarterones de escultura, y todas las que se extienden á lo largo del colateral opuesto, se reducen, á escepción de una sola, á cavidades cuadradas que apenas tienen dos metros de profundidad. Las capillas que rodean el coro, en el número de once, tienen la extensión común de estas construcciones accesorias. Delante del coro se eleva una hermosísima galería de tres arcadas, de rica escultura en el brillante estilo del siglo XVI, y con las armas de Carlos V; data desde 1534.

El exterior de la iglesia de San Gomar, perfectamente aislada y libre de esas casucas que, como plantas parásitas, están pegadas á la mayor parte de los templos, produce también hermosísimo efecto á causa de la regularidad de su plan, de los grandes arcos botarelos que cubren la nave y el coro, de las dobles balaustradas que decoran sus armaduras y de la elevada torre que precede al edificio. Esta torre, comenzada en 1426 y concluida en 1455, es cuadrada hasta las dos terceras partes de su altura, horadada por las caras anterior y lateral con dos ventanas ogivales, y rematada en una balaustrada. La parte superior se compone de dos pisos octogonos: el primero horadado con una ventana en cada uno de los ocho lados, termina igualmente en una balaustrada; el segundo, alumbrado por dos filas de aberturas de ojo de buey, es de estilo moderno y reemplaza una alta aguja de madera destruida por el rayo en 1702. Delante de la torre hay un pequeño pórtico al modo de vanguardia terminado en una azotea, y de forma sencilla y tosca exteriormente; pero las paredes interiores están adornadas con muchos nichos llenos de escudos y estatuas. Este pórtico no se halla ciertamente en el primitivo plan de la iglesia, porque



corta por en medio la primera ventana anterior de la torre. Desde este pórtico entramos por la puerta principal de la iglesia en un vestíbulo cuadrado y muy alto, abierto debajo de la torre misma y separado de la nave central por una espaciosa arcada. Las paredes derechas que terminan el vestíbulo merecen también ser notadas por la elegancia de su brillante decoración.



Iglesia de San Gomar en Lieja. (Bélgica).—Dibujo de Stroobant.